

Confieso que al recordar la dulce memoria de estos lugares donde ví la primera luz, mi corazón da fuertes latidos, y que cuando la melancolía abruma mi espíritu, para disiparla comienzo á recorrer como bastidores de un teatro, las perspectivas halagüeñas de aquellos lugares y campos de placer puro. Pero ah! que vamos á verlos inundados de un ejército decidido á *morir ó vencer*: las aguas cristalinas que serpean por los bosquetes de chirimoyos de la villa de Etna, y las del apacible *Atoyac*, van á mezclarse con la sangre de nuestros hermanos.... Los antiguos sabinos del Marquesado planteados allí (según cree el pueblo) por la mano de *Quetzalcohuatl*, † ennoblecidos con el heno blanco, como lo es un octogenario con su nevada cabellera, van á ver morir los hijos de la hermosa *Antequerá* por la más injusta de las causas....

ENTRADA DE MORELOS EN OAXACA.

Superados los obstáculos que pudieran oponerse á Morelos en su marcha para Oaxaca, tomó la vanguardia él mismo con su escolta sobre las cumbres de S. Juan del Rey, dejando atrás el ejército que venía muy fatigado, donde campó y se detuvo, así para darle descanso, como para esperar á que se reuniese todo, se limpiasen las armas, y tomasen las medidas necesarias á rechazar á Régules, que se sabía haber salido con un grueso de caballería á explorarlo. Al siguiente día avanzó el ejército á la villa de Etna, y reforzó las descubiertas puestas al mando de D. Eugenio Montaña, coronel de Ozumba, y del famoso capitán Lários. No tardaron en encontrarse con doscientos caballos mandados por Régules en persona, que salió hasta la hacienda que llaman de *Viguera*, donde se batió con Montaña, quien le cargó de recio, le mató dos hombres, é hizo entrar en Oaxaca muy de trote, y azás triste. Sobrevino una circunstancia capaz de acorbardar á la tropa de ambos bandos, y fué un recio *temblor de tierra*, entre tres y cuatro de la tarde, que tiró los pabellones de fusiles del campo. Con menos motivo se acorbardaban en otras épocas los ejércitos, y estos eran anuncios que

† O sea Santo Tomás Apóstol.

servían á sus cabos para augurarles la victoria ó la ruina. Es muy melancólica la relación de lo ocurrido en Oaxaca en aquella noche. Los españoles se mantuvieron en vela y ocuparon la plaza: sus gentes corrían despavoridas de un extremo á otro de la ciudad; nadie se tenía por seguro en su casa, y solo se tenía alguna confianza en la agena, aunque estuviese situada en la misma acera. Abriéronse los conventos de religiosas para servir de asilo á las doncellas y personas honestas, ora viudas ó casadas; en medio de esta turbación el furor dictaba sus medidas impotentes de una venganza estéril. El teniente letrado D. Antonio María Izquierdo dió orden, como presidente de la junta de seguridad, de que se fusilasen los prisioneros que poblaban la cárcel en número de más de trescientos: orden bárbara que por su atrocidad misma no fué ejecutada: los prisioneros esperaban por momentos la muerte, y al que le ocurría la esperanza de vivir, la fundaba en la generosidad del vencedor. ¡Triste situación por cierto, y cuya memoria apenas se recuerda en Oaxaca sin que el corazón de sus hijos dé latidos, y haga asomar lágrimas á los ojos! Faltaba á aquel pueblo el consuelo que en tales momentos da la vista de su pastor. El obispo Bergoza, aquel prelado que tanto había inyectado contra Morelos en sus pastorales, pintándolo como á un *Cetáceo*, y gastado no pocas sumas en levantar tropas de eclesiásticos para que lo batiessen, apenas supo de su llegada á Cuicatlán, cuando al disimulo se pasó á Santo Domingo, y en la noche tomó la fuga por el camino de Guatemala: dejó allí de confidentes á los canónigos Vasconcelos y Moreno, que desempeñaron cumplidamente sus encargos durante su ausencia: marchó por el rumbo de Tehuantepec para Tabasco, Villa Hermosa y Veracruz. Aunque afectaba peregrinar como un apóstol, é imitar á los primeros pastores de la Iglesia, en realidad él no caminaba con solo báculo y alforjas; acompañábanle algunas sumas de dinero por modo de *viático apostólico*, cuyo peso procuró aligerar ocultándolas en Tonalá; pero según he oído asegurar parece que no las sepultó tan en secreto que no viese el entierro algún curioso, y cuidase de exhumarlo, pegándole este buen chasco cuando procuró recobrarlo. ¡Válgame Dios, y cuán extrañas son las perse-

cuciones de los señores obispos de estos tiempos, y qué diversas de los de la primitiva Iglesia! Hasta los lobos de que han huido han sido de diferente especie de aquellos que perseguían los apriscos de antaño, y que no les era permitido abandonar.... porque *Pastor bonus ponit animam suam pro ovibus suis.*

Morelos trazó su plan de ataque en la villa de Etlá: dió la órden del día concebida en estos términos.... *A acuartelarse á Oaxaca.*... y remitió la intimacion de rendicion de la plaza al teniente general Gonzalez Saravia, señalándole el término de dos horas, órden que no recibió sino en los momentos precisos en que se desparramaba el ejército americano como un torrente por las calles de la ciudad. Montañó marchó sobre la falda del cerro de la Soledad y Jochimilco, así para cortar el agua que abastece á Oaxaca por aquel rumbo, como para cortar la retirada de los españoles por el camino de Guatemala. El gobernador de Oaxaca confió el punto principal de defensa, es decir, la puerta de la Soledad al coronel *D. Bernardino Bonavía*, gefe de la brigada de aquella provincia. Morelos dió la vanguardia á *D. Hermenegildo Galeana*, el centro á *D. Miguel Bravo*, y la retaguardia á Matamoros: él se quedó con la reserva, é hizo que detras del ejército formaran las mugeres que lo seguían. Era indispensable colocarse al paso para Oaxaca bajo los fuegos del fortín de la Soledad, que enfilaba el camino con cuatro buenos cañones y defendia Régules: por tanto, mandó Morelos que lo atacase el regimiento de *S. Lorenzo*, al mando del coronel *D. Ramon Sesma*: *D. Manuel Terán* dirigió la artillería para esta empresa, y casi á brazo hizo llevar sobre una loma el cañon de á ocho, que las tropas de *Izúcar* quitaron al general Llano cuando se retiró rechazado para Cautla; las punterías fueron tan certeras, que al segundo tiro se echó abajo el tinglado de dicho fuerte. Estaba este tan mal trazado, que la zanja que tenia en derredor y le servia de foso, sirvió á *Sesma* de parapeto para hacer un fuego vivo á cubierto sobre sus defensores. Por tanto, estos se vieron en el caso de abandonar dicho punto y de tomar la fuga para la ciudad. Un sargento llamado *Axólla*, situado en el puente de la Soledad, fué el que tomó el mando porque lo abandonó cobarde-

mente su comandante *Bonavía*, cuando se aproximaba el enemigo, condolido de que los realistas que venian del fortín fugitivos se quedasen entre los americanos y fuesen prisioneros, bajó el puente levadizo de la Soledad para que pasasen: *Terán*, que estaba en frente mandando una batería de vanguardia, se aprovechó de este momento feliz, avanzó rápidamente, situó en él un cañon, é impidió que los realistas pudieran levantarlo; de este modo pasó por encima, haciendo fuego á metralla. Pocos momentos antes de esta operacion, Morelos se vió á punto de perecer; situóse bajo los fuegos del fortín de la Soledad: comenzó allí á dar sus órdenes tranquilamente y á comer pan y queso: el hambre, como otras veces he dicho, era el síntoma de su valor y enojo al entrar en un ataque: una bala de cañon dirigida inmediatamente á él, le arrebató á un soldado de su escolta, é hizo pedazos; sin embargo, continuó comiendo con calma, apenas levantó blandamente la cabeza y dijo: (oyólo *Terán*).... *Para tu abuela*.... y mandó recoger la carabina. Concluido el almuerzo, avanzó unas cuantas varas mas adelante, situándose junto al foso de la garita del Marquesado, y he aquí toda la precaucion que tomó para defenderse, sirviendo de punto en blanco.

Quando avanzaba el ejército sobre la ciudad, el general *Victoria*, entonces teniente coronel, se echó al foso cercano al juego de pelota, de cuyas casas inmediatas se habian apoderado los americanos, y desde allí hacian fuego: arrojóse á nado, les tiró la espada á los españoles, y este rasgo de valentia romancesca les impuso é hizo abandonar el punto. *Terán* avanzó en derechura hasta la plaza donde se habian replegado gruesas partidas, y detras de los pilares de los portales hacian fuego graneado, no menos que por las azoteas. *Galeana* tomó sobre la izquierda ácia el rumbo de Santo Domingo y el Cármen. Los frailes de este órden ocuparon las bóvedas de su convento y azotea de la casa llamada del Chantre, ó Huerta de *D. Juan Felipe*, desde donde hacian mucho fuego, principalmente un *Fr. Félix*, de amarga recordacion. V. podrá entender cuán vigorosa sería la resistencia en este punto quando sepa que el parapeto del Cármen estaba defendido por el mismo Régules que con sus manos dirigia un

cañon. Cuando vió que tenia necesidad de ceder á la fuerza que le atacaba, salió sobre ella con una pistola y un sable, mató á un americano penetrando por el grueso de la partida, y se entró en el convento, de donde despues lo sacaron, como ya diremos. En Santo Domingo, punto tan fuerte como puede serlo S. Juan de Ulúa, y donde debieron situarse principalmente los realistas si hubieran tenido ideas militares, colocaron tres cañones, y allí hizo prisioneros Galeana á mas de trescientos que no supieron defenderse. El capitan Larios desplegó por la calle de la Merced, pero allí no encontró ciertamente oposicion. Cuando las partidas vagaban por diferentes puntos de la ciudad, ignorándolo Gonzalez Saravia, avanzó con la caballería de europeos hasta la esquina de S. Felipe y casas que llaman del *Capuchino*, pero esta echó á huir y lo dejó enteramente solo; marchó á su casa, y sobrecogido enteramente, en vez de tomar unas onzas de oro, se echó en la bolsa una coleccion de medallas curiosas que tenia y emprendió su fuga para el reino de Guatemala, ocultándose por entonces en una casa cerca del convento de Belén. Dejémosle en ella corriendo su suerte, y tornémonos al general Morelos. Entró este á la una de la tarde en la ciudad, habiendo roto el fuego á las nueve de la mañana. Su tropa desvandada, desnuda y nadando, (digámoslo así, en el seno de la abundancia) comenzó á saquear todo lo que pudo. Representóse aquí con ella la escena que con la de Napoleon en *Moscow*, donde sus soldados se dejaban ver vestidos, unos á lo turco, otros á lo persa, y con trages tan diversos y extravagantes, que aquello era una mogiganga ó máscara de carnaval. Viera V. á un negro encueros con un uniforme galoneado de regidor ú oficial real; á un payo con su jerga por manga, ornada la cabeza con un sombrero al tres; á una negra cubierta de trapos súcios, mas con un hilo de ricas perlas en la garganta: muchos ébrios y entregados á una alegría frívola é indecente. Contrastaba este cuadro el general Victoria sentado en una puerta de Catedral, llorando amargamente aquellos desórdenes de la tropa, y vaticinándola su ruina por tales desmanes contrarios á la disciplina que debiera guardar. En vano quiso Morelos evitarlos: tal vez los mismos cabos á quienes man-

daba que custodiasen las casas para asegurarlas, eran los primeros en robarlas; por tanto, se estragaron muchas sumas: se robó impunemente, y estos excesos continuaron hasta despues de algunos dias. Conozco hombre que disfruta una opulenta fortuna de estos ladrones, y tambien conozco á la familia, con cuya sustancia se engrosó inicuamente, que vive en pobreza. Mayores fueran los estragos si los conventos de ambos sexos no hubiesen servido de asilo á muchas personas que juntamente llevaron á ellos sus caudales. Tengo por causa de estas desgracias la adulacion del provisor D. Antonio Ibañez de Corvera. Su sobrino el cura del Marquesado le mandó la intimacion de rendicion que hizo Morelos al general Gonzalez Saravia; pero por no disgustarlo, y porque no se le tuviese por insurgente no se la entregó prontamente: hízolo ya que era corrido el término de la intimacion, y cuando la tropa americana ocupaba la ciudad; así es que el general tenia el oficio *sin abrir* dentro de la bolsa del *frac*; pues á haberlo recibido en oportuno tiempo habria entrado en un convenio, porque como hombre prudente y como militar viejo, conocia su impotencia para resistir un golpe como el que le amagaba.

Morelos no podia ver con indiferencia la fuga de los españoles para el reino de Guatemala; ora sea porque entendiase que allí podia formarse una reaccion con hombres acaudalados, y prontos á consumir el resto de sus fortunas por recobrar sus bienes raices que dejaban en Oaxaca; ora, por vengarse de aquel ignominioso lanzamiento: por tanto, ademas de la division de Montaña que destacó para cortarlos, mandó otra á las órdenes del padre García Cano, que llevaba por objeto revolver al obispo y por poco lo alcanza en Tehuantepec. Quería tratarlo con dignidad y decoro el Sr. Morelos, y hacerle ver que no era un *celiceo*, como lo habia anunciado en sus pastorales; lo mismo hizo el cura de Chilapa, por lo que cuando Morelos tomó aquella villa, mandó llamar á Doña Isabel Castrejon, señora de aquel lugar que creia en estas patrañas: se hizo dar delante de ella un baño de pies, y al concluir el lavatorio la dijo... *Suplico á V. me los vea bien, y note que son como los pies de todo hombre; que no*

tengo garras ni cosa que lo parezca, como la ha hecho creer su cura párroco. No pocas viejas de Oaxaca salían á ver á los insurgentes por las ventanas, y á cerciorarse de lo que les habia anunciado su obispo. . . . Así se han burlado algunos de una inocencia y credulidad digna de otra direccion y confianza! ¿Podrá llegar á mayor extremo de bajeza esta superchería? Horas de diferencia libraron al obispo. Logróse revolver á algunos españoles, y entre ellos vino el teniente general Gonzalez Saravia. En la noche del 25 de noviembre, en que entró el ejército americano en Oaxaca, se salió de la casa donde estaba oculto, llamó á las puertas del convento de belemitas; pero no le quisieron abrir los legos: desesperado de no encontrar allí asilo, emprendió su viage á pié, tomando á ojeo el rumbo de Guatemala: aun no habria andado tres leguas cuando tuvo que recurrir á unos indios que encontró en el camino para que lo subiesen en un burro, pues no podia dar un paso de fatigado; en breve dió con una de las partidas de observacion que lo conocieron por su uniforme, y otros carátres que mostraban muy bien que aquella era una persona principal. Conducido á la cárcel publica solicitó hablar con Morelos: mandóle decir que era un general como él; pero no quiso prestarle audiencia. En vano ofreció dar hasta cuarenta mil pesos por su vida, pidiendo que se le pusiese en un puerto para ir á acabar sus dias en España: Morelos se mantuvo inflexible. Gonzalez Saravia mostró indignarse cuando se le fué á tomar declaracion por el auditor de guerra, á quien respondió con bastante altanería: dijo que indultaria á Morelos y á los suyos, de quienes habló como de unos bandidos é inmorales; estos eran resabios de español, de viejo, de hombre despechado que debieran verse menos como insultos, que como quejas de un afligido; mas por el contrario se tuvieron como ultrages dignos de espiarse con la muerte. Condenósele por fin á sufrirla, y la oyó con el desprecio de un hombre satisfecho de su buena conciencia. Hizo su testamento, y merece una mención particular el legado que hizo de su rosario. . . . *Déselo V., le dijo á su confesor, á mi hijo Miguel, y dígule que era de su abuelo, y esta cuja á Ignacia la Iturribarría.* Púsosele un tablado enlutado en el mis-

mo lugar donde fueron fusilados *Lopez y Armenta*, primeros mártires de la libertad en Oaxaca, de quien ya hemos hablado otra vez. Marchó al suplicio con denuedo: no queria que le bendaran los ojos, y cuando conoció que era llegado el instante de sufrir la descarga, dijo intrépidamente descubriéndose el pecho. . . . *Echen balas, que estoy acostumbrado á recibirlas. . . .*

Tal suerte cupo á un general, hombre de bien, humano, religioso, de un corazón recto, digno de mejor fortuna, y víctima de la intriga de Venegas. Morelos conoció al fin, mejor informado, que habia obrado muy mal en este hecho, y á lo que entiendo, le acompañó al sepulcro el pesar de esta ejecucion. No nos hallábamos en el caso de obrar como *Leiba y Lannoy* cuando hicieron prisionero á Francisco I en Pavia; pero sí en el de oír á un hombre que trataba de sincerarse; á un gefe cuya historia era bien sabida en Oaxaca; á un general en fin, que habia sido violentado para tomar el mando. . . . El hombre se reputa inocente, hasta el momento mismo de su condenacion, principalmente cuando á Saravia no podia deturpársele con hechos notorios de atrocidad indisculpables del modo que á Régules, cuya historia es ciertamente *trágico-cómica*, como va V. á ver en la siguiente esposicion.

Metióse este, como he dicho, en el Cármen, y con él otros varios españoles. El general Matamoros se encargó de registrar el convento: entróse en la celda del Fr. Félix, arriba enunciado, y allí encontró al europeo D. José Fuentes, hombre de pequeña estatura, y á quien le venia muy largo el hábito de dicho fraile; por esta circunstancia, y la de haberse dejado de fuera el holán de la pechera de la camisa, conoció Matamoros el engaño, sin necesidad de mandarle poner el rezo del santo del día, como lo hizo con otros para descubrir su superchería: encontróle además el uniforme. Fuentes, que se ve perdido, se le inca, le pide la gracia de la vida: se la concede con condicion de que le descubra á Régules: de hecho, marcha por delante: lo lleva á la sala de profundis, y cerca de ella halla dos atahudes, uno sobre otro, tapados con petates viejos, y de este lugar es sacado Régules para venir dentro de breve á ocuparlo, y no de *burtilas*, sino hasta el

dia de la resurreccion: lo presentan á Morelos, se le humilla, y hasta le ofrece servir de soldado raso ¡ay! las víctimas de la Mixteca pedían en espiacion su sangre, y era preciso acallar sus quejas con la vida de este sanguinario. Se asienta una declaracion de aquellas atrocidades, que sirve de proceso, y por ellas es condenado á morir, y la sentencia se ejecuta al pié del patíbulo de Saravia; pero no muere con la serenidad que este, sino lleno de temores. ¡Qué diferencia habia de uno á otro!

La misma suerte corrió D. Bernardino Bonavia, gefe de la brigada, á quien tomó la partida de Montaña, en el pueblo de *Tlacochahuaya*. Entráronlo en Oaxaca herido de la cabeza y de una pierna: nadie sintió su muerte, pues no fué útil ni agradable á ninguno de los dos partidos, sino muy cobarde. Fué tambien ejecutado el capitan D. Nicolás Aristi que habia ido á Villaalta á contener un tumulto: prendiéronlo los indios, y ciertamente que merecia vivir: era un vizcaino honrado, que en la Mixteca habia procurado sofrenar en sus excesos á Régules; mas como en Villaalta habia sido años antes subdelegado, y habia repartido á los indios, he aquí que tenia enemigos, y estos procuraron vengarse de él.

Si la humanidad se resiente de estas ejecuciones, tambien se alegra cuando recuerda los grandes bienes que por otra parte trajo á la misma la entrada del ejército de Morelos en Oaxaca. Las cárceles de aquella ciudad estaban reenchidas de hombres inocentes, y lo estaban tambien los conventos. En el de Santo Domingo se hallaba preso el padre Talavera, que como dijimos ya, fué hecho prisionero por París en las márgenes del *Quetzala*. Cuando se rompieron las cerraduras de su prision, se le encontró bajo de una ventana chica de ella, y esta zampada toda de balás que le tiraron los españoles en los últimos momentos de rendirse desde la parte de afuera, para tener la satisfaccion de que muriera. Matamoros lo dió en espectáculo, haciéndolo subir y pasear á caballo por las calles de Oaxaca en el traje horrible en que estaba, es decir, muy sucio, en camisa y calzon blanco, y con la barba á la cintura. . . . Casi en igual traje estaba D. Carlos Enrique del Castillo, subdelegado de Zimatlán, quien se dejó ver por

las calles de la ciudad con un breviario en la mano, causando pavor á los que le observaban. Al tiempo de abrazar á su muger dió ésta horribles gritos, porque creyó que era algun fantasma ó vestiglo el que se le presentaba salido de la region del duelo: asi mismo apareció en no muy agradable catadura el subdiácono Ordoño, hombre que ha sufrido muchas prisiones, pero que ha hecho inútiles sus sacrificios. ¡Oh, qué fieros é inexorables son los españoles en sus venganzas! Por tanto, la humanidad y la inocencia, vieron enjugarse sus lágrimas por la beneficencia de Morelos: su mano victoriosa tajó de un golpe con su espada las cadenas que oprimieron á los buenos y aun á los culpables: mandó demoler los socuchos y bartolinas en que gimieron: hizo destruir la horrible cárcel de Santo Domingo, por medio de Matamoros, y proveyó á la subsistencia diaria de los presos de la ciudad, proporcionándoles carnes y alimentos de que antes carecían.

Quedaron en Oaxaca mas de trescientos españoles de los que algunos fueron indultados, y otros conducidos á la colonia de Zacatula: no tocó á los bienes que administraban, y eran propiedad de sus esposas americanas: mi familia participó de este beneficio, pues mi hermana doña María Bárbara, nada perdió de lo que era herencia de sus hijos habidos en su primer matrimonio; sin embargo, estos hombres ingratos, con el caudal que salvaron proporcionaron en el año de 1814 una gruesa expedicion al mando de D. Melchor Alvarez, que redujo á aquella ciudad á servidumbre muy mas cruel y sistemada que la anterior. De estos solo murieron once en los ataques y reyeltas, y los oaxaqueños sellaron con su sangre, tonta é inútilmente, el cariño que no debieran tenerles.

No es fácil fijar la cantidad de pesos á que ascendería el valor de lo tomado en Oaxaca en moneda, granas, ropas y alhajas preciosas. Si en Guanajuato los soldados de Hidalgo vendian las barras de plata por cien pesos, en Oaxaca vendieron los de Morelos los zurrónes de cochinilla por seis; compró muchos de ellos un D. José María Gris, el que á pesar de la ganancia que hizo en este comercio, no contribuyó poco con su dinero al fomento de la expedicion de Alvarez. Muchos oficiales de Morelos quedaron

ricos, y fuera de lo que ellos tomaron por sí, el general les distribuyó parte del botín. A mas de lo repartido cuando entró Alvarez en el año de 14, todavía se encontraron en tesorería mas de ciento treinta arrobas de plata bajilla. Entiendo que entre zurriones grandes de grana y sobornales chicos, pasaron los que se depositaron en tesorería de ochocientos. Si esta riqueza se hubiera recibido por manos económicas, y sobre todo, por hombres leales á su nacion se habria comprado un grueso armamento y equipo de ejército por Cozacoalcos de los Estados-Unidos; se habrian formado cuadros de ejército con extrangeros, y se habria hecho una guerra terrible al enemigo, sin mayor gravámen de los pueblos; pero Morelos tenia pocos buenos políticos consejeros que lo dirijiesen, y él ciertamente no conocía el suelo que pisaba, ni supo aprovecharse de sus ventajas. Sin embargo, es muy plausible la conducta que guardó para el arreglo provisional de su ejército: sus medidas fueron del momento, pero acertadas. Instaló un gobierno á satisfaccion del público de un modo popular y democrático: se colocó en la clase de último ciudadano: entendió que D. José María Murguía era reputado por el mas apto, y le sufragó con su voto para intendente. Celebró una solemne parentacion á las primeras víctimas de la libertad de Oaxaca (Lopez, Armenta, y Tinoco), cuyos huesos hizo exhumar, y que se sepultasen en la catedral por el cabildo, convidando él mismo de primer doliente; respetó religiosamente las alhajas de las imágenes y templos, y ni aun osó quitarle á la de la Soledad el baston y banda de generala que los españoles le habian puesto de una manera ridícula, para que les diese la victoria sobre los insurgentes.

Hasta que no supo de cierto que el obispo habia pasado á Tabasco, no le ocupó su palacio. Mandó que se pagasen diezmos de la grana, suponiéndola fruto natural y no industrial, por cuya causa estaba indultada por el gobierno español. Esta providencia, harto lisongera para los canónigos, pues los hacia riquísimos, no bastó para aquietarlos y ganarlos á su partido; pues en la correspondencia secreta que durante la entrada de Morelos llevaron con el virey Calleja, obraron como los mas encarnizados ene-

migos, principalmente el magistral D. Pedro Jacinto Moreno y Bazo. Debía éste grandes servicios á Morelos, y éste le consideraba, porque habia sido su maestro de gramática en Valladolid: temblaba cuando se le presentaba, pues siempre iba á recabar algun gran favor, así como despues temblaban los clérigos que en el año de 14 eran juzgados por este conónigo, elevado al empleo de provisor por no haber seguido el partido de Morelos.

Los canónigos se despacharon de su mano todo el dinero que habia en clavería en plata á la entrada de Morelos, creyendo que era llegado el último dia de los tiempos. En cuanto á milicia, estableció Morelos una gran maestranza, en el que fué convento de la Concepcion, allí reunió las armas que pudo, y dirigida esta por D. Manuel Terán, se puso en un regular pié: vistió la tropa, y en esta parte dobló sus esfuerzos el general Matamoros con su brigada, pues era repulido y hábil para estas mecánicas. Cuidó de alegrar al pueblo con corridas de toros para celebrar no solo su entrada en Oaxaca, sino la jura á la soberana junta nacional, que á la sazón residia en Talpujahua. Celebráronse dos fiestas muy solemnes, una de nuestra Señora de Guadalupe, en la iglesia de Belemitas que tiene esta advocacion, con asistencia de Morelos y de todo el ejército, y otra de gracias en Catedral, con *Te Deum*, en que predicó el *Dr. D. José Manuel de Herrera*, el mismo que nos oprimió durante el imperio de Iturbide, y para quien era muy fácil cosa cambiar de carácter y pasar de republicano exaltado, á realista despótico y absoluto. Este fué el primer director del correo del Sur que se publicaba allí, yo le succedí en este destino cuando pasó á Chilpantzingo antes que yo.

Asimismo levantó el general Morelos dos regimientos provinciales, uno de infantería y otro de caballería, ó sea el antiguo batallon y la caballería de los Valles. El primer cuerpo se puso á las órdenes de D. Jacinto Varela, el segundo estuvo á las mias cuando tomé posesion de la inspeccion general de caballería que me confirió, hallándome en Zacatlán con grado de brigadier. Habia yo puesto á este cuerpo bajo un pié regular de arreglo; pero precisado á abandonarlo porque se me hizo marchar al congreso de Chilpantzinco con la representacion de México, casi fué disuelto